

Intramuros

Después de su libro *Del tiempo y otros lugares* (1979), una serie de cuentos ingeniosos, bien escritos, pero no del todo maduros; después de la novela *Violeta-Perú* (1979) que recibió el Premio de Narrativa Colima a la mejor obra publicada y que ya dejaba vislumbrar una veta narrativa sólida e interesante; después de *Los viejos asesinos* (1981), colección de cuentos que me atrevería a calificar de magistrales con ligeras excepciones, Luis Arturo Ramos (Minatitlán, Veracruz, 1947) entrega a los lectores una obra mayor en muchos aspectos.

*Intramuros*¹, publicada por la Editorial de la Universidad Veracruzana en su Colección Ficción, es a la vez, y en primera medida, la novela de los inmigrantes, la novela del puerto, la novela interior, la de la decadencia de las ilusiones. Como novela del puerto cala acertadamente en ese complejo mundo que es el paradigma de la fugacidad, de la vida como aventura, del amor como experiencia de superficie. Veracruz —el puerto mexicano por excelencia, puerto-puerta de entrada de la cultura hispano-cristiana a México— está en *Intramuros* con todo aquello que lo hace inconfundible en su particularidad y universal desde el punto de vista literario: “Las putas si-seantes, morenas, faldicortas. Las covachas colmadas de un olor distinto, vegetal. Una pestilencia a fruta

¹ Luis Arturo Ramos, *Intramuros*, Universidad Veracruzana, Colección Ficción, 1983.

pasada. Olor a óxido en las axilas”. También el Norte, el mar como obsesión, las historias de viajes, los mitos del trópico (la hija tonta del comerciante rico, el loco del pueblo perseguido por los niños...).

Como parte de esta postal del trópico se hallan los protagonistas de la novela, los inmigrantes españoles, Finisterre, Esteban Niño y un desvaído Aragonés que cede su papel protagónico a Gabriel Santibáñez (y su familia, Teodora Ricalde-su esposa y Felicidad Santibáñez-su hija tonta); también están presentes Olga y Goya, mujeres de los inmigrantes.

Los tres primeros llegan como refugiados a Veracruz después de la Guerra Civil Española. Cada uno trae un lastre de vida pasada que pesará sobre su futuro al otro lado del mar, aquí, donde vienen a “hacer la América”. El azar los separa y va definiendo una serie de destinos diferentes pero que culminan en un mismo sitio: el fracaso, la devaluación de las ilusiones. Quizás uno solo de los inmigrantes se salve, el Aragonés, pero su presencia en la novela es tan fantasmal que a fin de cuentas su historia carece de peso en el balance final.

Sobre cualquier otro sentimiento o pasión domina en los trasterrados de *Intramuros* la soledad. Hay en ellos una rabia sorda y ciega contra todo lo que los rodea, un íntimo desprecio hacia el país que los acoge. Es como si, al salir de España, hubiesen perdido toda posibilidad de vida auténtica y plena. Ni el amor provisional que se encarna en Olga y Goya —amantes de Esteban Niño y

Finisterre— puede asumirse con verdadero compromiso. Todo, en América, es falso, apenas una sombra platónica de lo que quedó en España.

“El exilio es puñeta”, dice Finisterre en alguno de sus monólogos rencorosos. Teórico y practicante, a falta de un amor objetivado —que más tarde hallará en Goya, recogedora de caracoles— Finisterre goza y padece de una relación pasional con una serie de fotos pornográficas que lleva de un lado a otro, que oculta como lo que son —una culpa— y que saca a luz cuando las urgencias del cuerpo y del espíritu así se lo exigen.

Un enorme pudor, un pudor erotizado y reprimido a la vez, convierte las escenas amorosas en pequeñas obras maestras de sutileza que proporcionan encanto a *Intramuros*.

Tres sucesos marcan un vuelco narrativo desde la acción hacia la pasión —entendida como aceptación pasiva, sufriente, del destino—; una, la escritura de la primera carta en la que Gabriel Santibáñez comienza a falsear la realidad, a mentirle a su hermana residente en España un éxito fingido; otra, la quema de las fotos pornográficas que hace Finisterre cuando establece una relación afectiva con Goya; finalmente, la destrucción de fotos y papeles sobre la represión en España.

El narrador —que en algunos casos es omnisciente y en otros es Esteban Niño, Licenciado en Historia y con aspiraciones literarias— penetra en sus personajes y ve a través de ellos con minuciosidad flaubertiana

y adjetivación de orfebre una realidad frondosa tanto por la abundancia como por la calidad de los detalles. Y es precisamente esta sobrecarga de las descripciones y un puntillismo exagerado en los monólogos los que proporcionan las mayores prominencias y depresiones a la novela. Hay —especialmente hacia el final de la novela— un regodeo diríase perverso en cada escena. Los monólogos son inteligentes y están bien concebidos de modo que logran transmitir un ambiente propio del fracaso final de las ilusiones de los personajes (Finisterre cae en una depresión cercana a la locura; Esteban Niño de militante anarquista pasa a ser un defensor de los principios pequeñoburgueses; Santibáñez es relegado a un segundo plano en la administración de su tienda de abarrotes; Teodora Ricalde sólo espera la muerte; Olga y Goya se resignan a ser meros adornos de sus amantes). La salvación solamente existe, pues, como posibilidad, para aquellos que como el Aragonés, se van de Veracruz o simplemente viven en otros lugares.

A partir de este fracaso colectivo es que se entiende el título de la novela y su sentido: Intramuros. Los muros que encierran la ciudad no sirven para defender a sus pobladores, sino para aprisionarlos, para hundirlos en la ciénaga de la mediocridad. De ahí también la transformación de la novela, que parte de una aventura —la llegada de los españoles—, de un desarrollo —las peripecias de los inmigrantes para establecerse y triunfar— y culmina en una plani-

cie —la pérdida de la energía. La estructura de la novela y la tensión siguen estos mismos pasos, de modo que al principio la lectura es veloz, alegre, llena de variaciones, y hacia el final se hace morosa, de prosa a veces demasiado inteligente y cuidada.

Marco Tulio Aguilera Garramuño

Ver o no ver

Las ediciones Papel de Envolver han publicado como cuaderno número 10 de su Colección Luna Hiena el poemario *Ver o no ver** del poeta misanteco Miguel Molina, ahora autoexiliado por razones de crisis y de matrimonio en los Estados Unidos. Esta colección de la que se encargan Carlos Juan Islas y Angel José Fernández ya ha publicado antes cosas de excelente calidad (por ejemplo *Retorno a la palabra* de Silvia Sigüenza, que contiene poemas fundamentales dentro del desarrollo poético de esta importante escritora veracruzana, o *Incendio de voces* de Jorge Brash, o *El reino de los ojos* de Guillermo Fernández), títulos que van incrementando a fuerza de buena poesía la importancia de este trabajo editorial que patrocina la Universidad Veracruzana a través del Área de Artes.

* Miguel Molina: *Ver o no ver*. Universidad Veracruzana, Ediciones Papel de Envolver, Col. Luna Hiena No. 10. 1983.

Ver o no ver es el tercer título que registra la poemática de Miguel Molina. Ya antes había publicado en los Cuadernos del Caballo Verde *Decir las despedidas y otro poema* (1976) y en las coediciones UV-Fonapas *Bajo otra luz que ignora* (1980). El primero de ellos era precisamente eso: un primer libro de un autor nuevo que mostraba por un lado el pecado de su inconsistencia técnica y por otro una facilidad para manejar el lenguaje poético que no es muy fácil de encontrar en el país no obstante la explosión demográfica que se viene padeciendo de unos años para acá en el terreno de los tropos y las rimas. *Bajo otra luz que ignora* es el libro más logrado de Molina porque es donde se acorta más la distancia entre sus logros y sus defectos; no obstante, en algunos versos sigue cayendo en lo ingenuo, gajes del oficio.

Ver o no ver remite con ingenio en su título al objeto poético al que se refieren sus versos: la ciudad de Veracruz, Ver. Son 15 poemas cortos (siete para *Ver* y ocho para *o no ver*), la mayoría de ellos eminentemente descriptivos, en el sentido en que un poema puede dar cuenta de algún entorno. De esta manera van surgiendo en la imaginación compartida del autor y el lector los lugares más precisos de ese lugar común que se define como el espíritu de lo jarocho. Así tenemos:

Zócalo

El zócalo se llena con su gente vestida de turista endomingada hacia el mar o del mar el zócalo se baña de palomas bajo el sol